

Certamen de Relatos Breves de Invierno y Cuentos de Navidad

A continuación, se muestran los ganadores del Primer premio y del Accésit. Para poder leer los relatos ganadores, solo es necesario desplazar el documento hacia arriba.

2019. XXI Certamen de Relatos Breves de Invierno y Cuentos de Navidad

Primer Premio

Autor Pedro Gascón Sanmartín

LA MECANÓGRAFA

No tardarán en llegar y debo apresurarme. Estas son las primeras palabras que escribo después de casi veinte años, y soy muy feliz de poder hacerlo. Mis dedos ya no son tan ágiles como lo fueron, pero han recuperado toda la fuerza de entonces. Quiero disculparme. A mi edad te vuelves desconfiada. Últimamente me sentía desgraciada, vacía. No me quedaba ningún motivo para seguir viviendo. Tenía miedo de quedarme postrada. Y creía que a mi familia no le importaba, que pensaban que debía aceptarlo de la misma manera que en mi situación muchas personas lo hacen.

Nací hace más de ochenta años en esta ciudad, en la que siempre he vivido y en la que deseo ser enterrada. Aquí he crecido, me casé y alumbré dos hijos. En esta ciudad trabajé más de medio siglo como mecanógrafa, el oficio que aprendí muy jovencita gracias al permiso de mi padre primero y de mi marido después. Me jubilé justo antes de que lo mecánico cediera su espacio a lo electrónico, y las máquinas de escribir fueron sustituidas por ordenadores. Me alegro de no haber sufrido semejante despropósito tecnológico. Durante más de medio siglo fui capaz de imprimir al instante lo que escribía, sin depender de más energía que la de mis manos, ni necesitas ninguna compleja programación. En manos de una persona del oficio una máquina, y podría recitar la marca y modelo de las que he tenido, era lo suficientemente rápida para seguir un dictado y todo lo precisa que hace falta para presentar las cuentas de un balance. Se pueden corregir errores y hacer varias copias al mismo tiempo. Para grandes tiradas o encuadernaciones siempre estaba la imprenta.

Tenía 14 años cuando entré de aprendiz de mecanógrafa e la fábrica en la que me jubilé. Sólo tuve permiso para parir a mis dos hijos y cuidarlos sus primeros meses de vida. Celebré mi último día en activo invitando a comer en un buen restaurante a todas las personas que trabajaban o habías trabajado en la empresa del señor Orsini. Como siempre se hacía en estas ocasiones tan especiales me pidieron que hablara antes del primer brindis. Después de tantos años y aunque esté feo decirlo creo que era muy popular y muy querida. Aunque soy un poco tímida ese día levanté mi copa para decir lo que pesaba y pienso: el progreso cometía un gran error vulgarizando un oficio, el mío, obligando por sistema a cualquiera a escribir e imprimir lo escrito, confiando además que lo hiciera una caja que pocos entendían y aún menos en caso de avería podían reparar.

Aplaudieron mucho mi discurso y fueron muy atentos y cariñosos conmigo. Me regalaron un reloj muy bonito y muy caro que tenía grabado mi nombre y una emotiva dedicatoria.

Después de jubilarme me ocupé de mi marido, enfermo del corazón, y de mis nietos para que sus padres trabajaran. Estaba ocupada y me sentía útil sin necesidad de hacer lo que tantos años había hecho: escribir.

Pero los niños crecieron y me quedé viuda. Y de repente mis piernas se volvieron pesadas y torpes y mis pies incapaces de coordinar los pasos.

Sigo viviendo en la pequeña casa de la calle del Reloj que heredé de mis padres. Cada vez me cuesta más subir los cuatro escalones y ya no hay vecinos que puedan ayudarme si necesito ayuda. Ahora sólo hayo turistas que va y vienen, que unas veces saludan y otras no. Mis hijos me dijeron que no podía estar sola. Cada vez caminaba menos y con más dificultad. Todos me decían que era normal, que me acostumbrara, que me resignara a quedarme sentada. Primero una vez por semana, y ahora días alternos, contrataron a una chica joven, africana, muy amable, para limpiar la casa y hacer la compra. Hace un año viene a verme otro joven que es médico, de Siena, creo, especialista en atender personas de mi edad. Le dije que no dormía bien, que me despertaba varias veces por la noche y que otras las pasaba en vela. Me recetó somníferos. Yo no quiero tomarlos porque a mi edad no debería perderse el tiempo durmiendo. Mis hijos me obligaban y yo hacía como que tragaba la pastilla, y luego la escupía. Les dije que mi problema no eran las horas que dormía sino las que pasaba despierta. Pero no me escuchaban. O eso pensaba.

Todas las noches mis hijos esperaban que me acostara. No se marchaban hasta que yo fingía estar dormida. Luego me levantaba y me sentaba en la mesa de la cocina, viendo pasar las horas encerrada entre aquellas paredes. Así fue hasta que una noche del pasado verano hice algo que nunca antes había hecho. Hacía calor y necesitaba respirar. Me levanté, me vestí y salí a la calle. Había casi tantas personas y coches como de día. Los primeros pasos fueron difíciles y dolorosos y consideré la opción de volver. Pero entonces, de repente recordé ese tiempo en el que fui mecanógrafa, y emulando la cadencia del espaciador entre palabras, caminé. Mis piernas se volvieron capaces y cumplieron su función durante más de una hora. Regresé a casa cansada pero muy satisfecha. No me atreví a decirle nada a nadie sobre mi pequeña aventura.

Volví a hacerlo hasta que se presentó el otoño y una noche me sorprendió la lluvia a media hora de mi casa. Las calles estaban desiertas y no llevaba nada para protegerme del agua que empapaba mi ropa y mi calzado. Fue mi hijo mayor el que la tarde del día siguiente advirtió que mis bonitos zapatos de ante estaban mojados. Me preguntó, le contesté la verdad, y se enfadó. Me dijo que era una temeridad y un despropósito, y algunas otras desagradables palabras que prefiero olvidar. Intenté explicarle lo feliz que me hacía poder andar, ser yo misma y no depender de nadie. Le prometí que no volvería a suceder, pero le mentí.

Le mentí porque ese sonido tan familiar de la máquina de escribir se ha instalado en mi cerebro, y me ha devuelto la vida que creía perdida. Por eso al menos dos veces por semana salgo de casa obedeciendo ese bendito golpeteo que mueve mis piernas, sin que el frío o la lluvia me lo impida. Lo hacía tomando todas las precauciones para que nadie pudiera descubrirme, temiendo siempre que de hacerlo me lo impidieran encerrándome en casa o dejado alguien vigilando mi sueño.

Hace un par de semanas, animada por mi recobrada energía le dije a mi nieta pequeña que quería ir de compras de Navidad con ella. Primero me miró con sus brillantes ojos azules, incrédula, pero luego me

sonrió y me dijo que sí. Yo ya había visto las luces de Navidad encendidas en uno de mis paseos nocturnos pero fingí estar sorprendida. Antes de dejarme en casa nos sentamos en un café y hablamos de ella, y de mí. Estaba tan a gusto y tan feliz que me dejé llevar por la emoción. Le confesé mi secreto, los paseos y la cadencia de mis pasos al ritmo del espaciador, la energía y la felicidad recuperada. Se quedó pensativa y o dijo nada. Por eso después me arrepentí de haberlo hecho. Tuve miedo de que creyendo hacerlo por mi bien ella advirtiera a sus padres. Por eso desde entonces no volví a salir.

Hoy es Nochebuena, y vendrán todos a cenar a mi casa, como siempre se ha hecho y se hará hasta que yo muera. Pero ayer, ayer por la noche sucedió algo que merece que lo escriba para que ellos, y ustedes, lo puedan leer después de que me entierren. Me acosté como siempre, fingiendo tragar el somnífero y haciéndome la dormida para que se marchara mi hijo. No pensaba volver a levantarme hasta que pocos minutos después me pareció escuchar en la calle el típico sonido de una máquina. El mismo que reproducía mi cerebro aunque esta vez parecía real y ajeno a mí. Me vestí pensando que empeoraba mi demencia pero dispuesta como una niña de Hamelin a seguir la llamada. En la calle advertí que el sonido venía del final de la calle y me apresuré a recorrer la distancia que me separaba de lo que sin ninguna duda pude identificar como una Olivetti M40. Era la máquina que durante muchos años había utilizado en mi trabajo y conocía con absoluta certeza su peculiar tableteo. Pero cuando llegué al final de la calle del Reloj no estaba allí. Me paré para escucharla ahora al otro lado del Duomo y la perseguí. Notaba los latidos del corazón más por la emoción que por el esfuerzo. Bajé por Calzaiouli preguntándome qué significaba lo que estaba haciendo y qué sentido tenía aquello. La respuesta la encontré en la plaza de la Signoría, en el espacio cubierto de la Loggia de los Lanzi, en el que rodeados de las reproducciones de las más famosas esculturas clásicas estaban mis hijos y mis nietos sosteniendo entre todos esa maravillosa máquina de escribir que me había llevado hasta ellos. Era mi regalo de Navidad. El mejor que nunca he recibido y el que nunca podré olvidar. Precisamente con esa máquina, esta tarde de Nochebuena escribo lo que quiero que permanezca escrito para siempre.

Disculpen, quisiera darle más detalles pero están llamando a la puerta. Son ellos.

Accesit

Autora Nuria Gil Heredia

LA SORPRESA Y EL ROSCÓN

Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, suertudo o suertuda esaquella persona que tiene suerte, que atrae a la fortuna, que posee buena estrella...y un sin fin de frases hechas y expresiones populares que pueden añadirse a la definición, pero sin duda la que allí no aparece y debería destacar en negrita y subrayado es el nombre de mi cuñada Chon, perdón “Doña Ascensión”, como se hace llamar actualmente.

Parecía que la fría noche del treinta y uno de Diciembre nunca iba a terminar. El camino se hacia largo hasta el pueblo, unos doscientos y pico kilómetros nos distanciaban de nuestro hogar. Como en otras tantas ocasiones los niños dormían en los asientos traseros del coche, mi marido Pepe conducía con la mirada puesta en la carretera y los pensamientos en el séptimo cielo, de vez en cuando podía escuchar como sorbía las babillas recordando la cena que había comido, aquella misma noche, en casa de su hermana, mi cuñada Chon. Yo mientras tanto, con la cabeza apoyada sobre el helado cristal de la ventanilla, intentaba hacerme la dormida pero con los ojos entreabiertos para no perder ripio de los mascullamientos que entre dientes, mi marido hacia sobre la velada, era un sin fin de alabanzas y elogios que la verdad, me ponían bastante de los nervios.

Con estricta puntualidad inglesa, nos teníamos que presentar en su casa, ya que mi esposo, desde bien temprano andaba como perrillo faldero pensando que ricos y extravagantes platos le iba a presentar la susodicha. Nervioso no hacía más que meternos prisa y allííbamos los Ibáñez, camino a Madrid, para pasar las uvas con la tía Chon, perdón “DoñaAscensión”.

Yo siempre he conocido a mi cuñada por el nombre de Chon, antes éramos amigas de la infancia, íbamos al colegio juntas, vivíamos en la misma calle y salíamos a jugar todas lastardes con el bocata de pan con chocolate como tantas niñas de barrio. Pero con el paso de los años, el caprichoso destino trajo a su vida un joven estudiante de arquitectura que vino a nuestro pueblo para hacer unas prácticas universitarias referentes a la ampliación del polideportivo local. Entonces la diosa fortuna empezó a hacer de las suyas y surgió el amor, la verdad es que mi cuñada siempre ha sido bastante mona, todo hay que decirlo, se casó con ella y gracias al boom inmobiliario se convirtió en un afamado arquitecto de esos que realizan casas unifamiliares cuadrículadas en zonas exclusivas, que a mi no me gustan nada, pero que causan verdadero furor entre los futbolistas. Su vida giró vertiginosamente, abandonó el pueblo y sus costumbres, adelgazó hasta tallas inexistentes dignas de ser debatidas en “La nave del misterio”, se retocó la nariz, los pómulos y aunque lo niegue categóricamente los pechos no le han crecido tanto en tres meses sin pasar por el quirófano. A mi no me la da,no. A estos cambios físicos se unieron un chaletazo de esos de mil metros

cuadrados con piscina, sauna, casa de servicio etc....y dos criadas totalmente uniformadas que cambiaron su nombre por el de “Doña Ascensión”. Tenía aquello que siempre había soñado una familia de anuncio, hasta los niños exquisitamente refinados Tristán y Mencía, de nombres rebuscados, melenas rubias y ojos de color.

A mí me parecía absurdo tanta idiotez pero claro su hermano o mejor dicho mi marido, estaba encantado de pasar la noche en su casa rodeado de esnobs que hablaban de campos de golf y monterías, vamos como si mi Pepe entendiera de algo de eso, como no sea de amperios y voltajes, porque es electricista.

Un cóctel daba la bienvenida a tanto comensal, delicados canapés iban circulando por el amplio salón del chalet acompañados de espumosos caros de importación, Chon lucía brillantemente vestida de un exclusivo diseñador español, sonreía a lo anuncio de bombones navideño sin perder la compostura, yo creo que esa misma tarde se hacía inyectar el bótox en las mejillas para notener que esforzarse en obtener tan hierática expresión, a mí parecer me recordaba al Jocker en alguna entrega de Batman. Después la cena propiamente dicha transcurría de una manera muy elegante tres primeros platos de degustación, suspiro de salmorejo con base de ibérico de bellota, un mini pastel de cabracho y una muestra de solomillo con foie y Oporto, los postres no eran menos suculentos, helados con salsa templada y licores. En conclusión todo esto me parecía una soberana estupidez, al final me quedaba con más hambre....lo dicho. Donde se ponga un buen asado de cordero o cabrito. ¡Qué se le va a hacer! Para tal derroche de elegancia, días antes trataba de aleccionar a mis criaturitas, no quería que entre tanta vajilla Sevillana y tanta cristalería de Bohemia desentonasen, pero al final mis esfuerzos resultaban infructuosos, la guerra de pelotillas de miga de pan entre ellos terminaba poniendo en entredicho la educación que recibían y el cansancio por llamarles la atención de forma disimulada, concluía con la emisión de un estruendoso grito, por mi parte, que se hacía escuchar por todos los rincones de Madrid. Por el contrario sus primos estaban toda la noche callados limitándose a contestar únicamente cuando se les preguntaba y si en algún instante su prosa se alargaba un poco, mi cuñada arqueaba una de sus perfiladas cejas e inmediatamente estos callaban. De vez en cuando los repasaba con miradas fugaces y me desafiaba observándome fijamente como diciendo “yo sí que los tengo bien educados y no tú”, por lo menos eso me parecía a mí. Al terminar los saludos de rigor besitos al aire y la siempre manida frase que de la boca de “Doña Ascensión” salía tras acabar la cena.

-Querida Toñi nos vemos en tu casa el día de Reyes, ten preparado el chocolate caliente que yo, como todos los años, llevaré el magnífico roscón de la famosa confitería de la calle Serrano.

Al oír sus palabras algo se me removió por dentro, decididamente le corté y le dije:

-No, no te preocupes querida, este año me encargaré yo misma de la elaboración del roscón, voy a hacerlo con la receta ancestral que en mi familia ha pasado de abuelas a hijas desde hace más de cien años, te va a encantar”

-No lo dudes, esperaré con impaciencia. Tras este comentario la puerta se cerró y comenzó nuestro viaje de vuelta a casa.

La semana pasó más rápida de lo esperado, subí a la troje y busqué entre las cajas que allí guardaba con los regalos de la boda que todavía no había desembalado y encontré el robot de cocina carísimo que mis cuñados me habían regalado por nuestro enlace hace ya más de diez años. No estaba segura de si funcionaria o no, nunca lo había utilizado, todavía conservaba su embalaje original, pero albergaba la esperanza de que lo hiciera. Al poco rato empecé a ojear un libro de recetas que traía la maquinita, bien es cierto que había mentido como un bellaca al decirle a Chon que la receta del roscón me venía de mis antepasados, pero por primera vez en mi vida me sentía con la necesidad de recibir todo tipo de alabanzas y reconocimientos por parte de mi esposo y del resto de la familia, ya que siempre era ella la que los obtenía.

Me puse manos a la obra, huevos ralladura de limón, de naranja, agua de azahar...harina de fuerza y como no, la sorpresa de un Rey mago que tenía sobre la repisa de la salita de estar, de un pasado roscón comprado en un supermercado hacía algunos años. ¡Ah! no debía de olvidar el haba a ver si había suerte y le tocaba a mi cuñada, como me iba a reír. Traté de seguir los pasos de la receta sin saltarme ni uno, no quería fallar en mi día, por desgracia con el entusiasmo y la prisa se me olvidó depositar la figurita en el pastel, se quedó encima de la repisa de la salita, menos mal que la haba si que la había metido dentro. Después de bastantes minutos pude sacar del horno un espectacular roscón que olía a las mil maravillas, toda la casa se encontraba perfumada por el rico aroma a confitería. Ahora sólo me quedaba arreglarme para recibir la esperada visita.

Desde hacía varios días estaba a dieta ya que me había comprado un modelito en unos grandes almacenes y quería estar perfecta así que empecé a arreglarme con antelación.

De pronto el timbre de la puerta sonó y le dije a Pepe que la abriese que yo me estaba terminando de maquillar, ¡que nervios!, ¡que nervios! me puse a buscar el anillo que siempre llevaba puesto en el dedo anular de mi mano derecha, no era muy grande se trataba de un pequeño diamante montado sobre oro blanco que me había comprado a plazos con mi sueldo de cajera del super, cuando era soltera, no es que fuese gran cosa pero tenía un gran valor sentimental. ¡No sabía dónde lo había puesto! Miré en los cajones de la cómoda, en el cuarto de baño, incluso eche un vistazo en la cocina por si se encontraba sobre la encimera pero nada pormás que buscaba y buscaba no aparecía por ninguna parte, así que me dije a mi misma “Toñi piensa que has hecho hoy piensa,piensa”, pero nada.

Como si estuviese iluminada por una visión pude ver en mi mente la imagen de anillo dentro del roscón. ¡Madre mía que voy a hacer ahora! mientras tanto desde el salón se podía escuchar a Doña Ascensión alardeando de los bonitos y caros regalos que en su casa habían dejado Sus Majestades los Reyes de Oriente.

Con amplia sonrisa y portando sobre mis manos el preciado dulce navideño hice entrada a modo triunfal en el salón de mi casa y lo puse encima de la mesa sin olvidar la preocupación que tenía por no saber en que lado del roscón se encontraba el anillo.

Disimuladamente antes de trocearlo fui palpándolo lentamente, al final me pareció dar con el, así que empecé a cortarlo en sentido contrario a las agujas del reloj para así quedarme yo con el último trozo que era donde pensaba que se encontraba mi tesoro.

Fue todo un éxito, por primera vez había conseguido desbancar a mi cuñada en un acto familiar, alabanzas y elogios salían de los labios de todos los invitados, hasta que de pronto Chon se quedó con una expresión inconclusa, metió sus delicadas uñas de gel en su boca y con mucha delicadeza se sacó algo:

-¡Cuñada no me lo puedo creer te has superado!, no sólo has hecho un magnífico roscón sino que además has tenido el detalle de meter como sorpresa este anillo tan bonito, me encanta muchas gracias.

No tardó en colocárselo en su dedo mientras yo la miraba con cara de perplejidad, de ahí que haya comenzado a contar esta historia diciendo que algunos nacen suertudos y otros en cambio no, como en mi caso que después de tanto buscar mi anillo, con lo que me encontré fue con el haba.